

ENTREVISTA A ALBERTO SILEONI

Director General de Cultura y Educación de la Provincia de Buenos Aires

“LA ESCUELA ES EL LUGAR DE LA AMISTAD, EN LA ESCUELA TE PONÉS DE NOVIO, EN LA ESCUELA TENÉS TU PROYECTO, TENÉS UN PROFE QUE TE PONE LA MANO EN EL HOMBRO Y TE PREGUNTA CÓMO ESTÁS”

Mauro Libertella

Nació en 1983. Es periodista y escritor. Publicó las novelas *Mi libro enterrado*, *El invierno con mi generación*, *Un reino demasiado breve* y *Un futuro anterior*.

2 021 fue el año -otro de muchos, otro de tantos- en el que la educación ocupó el centro caliente del debate social. La crisis ocasionada por la pandemia subrayó como nunca la importancia que las escuelas tienen en sociedades como la nuestra; una importancia múltiple, difícil de dimensionar, y que por momentos parece silenciosa: las escuelas enhebran los hilos que componen el tejido social, producen ciudadanía, igualdad, futuro. Para pensar esta cuestión crucial, y también para repasar algunos debates que atravesaron al ámbito de la educación en los últimos tiempos, conversamos con Alberto Sileoni, ex ministro de Educación de la Argentina entre 2009 y 2015, profesor emérito de la Universidad Nacional de Hurlingham y educador de toda la vida.

▪ **¿Cómo fue tu experiencia como estudiante, como alumno?**

Mis viejos eran laburantes, vivían en Flores, y buscaron una escuela preguntando. Terminé en una escuela de curas, el Colegio Marianista, que está en Primera Junta; hasta me tuve que bautizar para hacer eso, porque en mi casa la religión no estaba presente. Hice una escolaridad normal, era un alumno razonablemente bueno, ya inclinado a todo el mundo de las ciencias humanas. Después, sin mucha conciencia, seguí la carrera de Derecho. Me gustaba mucho Letras, pero circulaba una opinión, que tenía que ver con “de qué vas a vivir”.



Te estoy hablando de hace 50 años; felizmente, creo que eso ha cambiado. Promediando la carrera de Derecho me di cuenta de que eso no era para mí y no sé si esto es una cuestión generacional, pero nunca pensé en dejar. Terminé la carrera muy temprano y un amigo, en 1974, me invitó a trabajar en los Centros de Educación de Adultos. Así, me fui dando cuenta de que me gustaba la historia, y nunca más dejé ese camino. No me dio por investigar; me gustaba la educación, la docencia. En no mucho tiempo se cumplirán 50 años de docencia, y estoy satisfecho. Trabajé casi siempre en la Universidad de Buenos Aires, y muy enfocado a la educación de adultos.

▪ **Mencionabas que llegaste a la carrera de Derecho, un poco por no saber en qué inscribirte. ¿Siguen existiendo las “carreras comodines”, la idea de que Derecho o Medicina son carreras centrales?**

Puede seguir existiendo en algunos sectores de las clases medias más acomodadas. Lo que rompe con esa hegemonía es el número cada vez más grande de universidades, y la decisión de muchas universidades de ir por caminos no tradicionales. Hay algunas nuevas universidades que rápidamente buscan tener Derecho y Ciencias Económicas, pero hay muchas otras que buscan un camino alternativo,

como la Universidad Nacional de Hurlingham; hay espacios de vacancia, como enfermería. Yo creo que eso ayuda a no repetir esos caminos tan clásicos.

▪ **Cuando llegaste a la gestión pública, ¿cómo te fuiste dando cuenta qué se podía hacer y qué no?**

Mi primera gran responsabilidad en ese sentido fue hacia 1995, en la Ciudad de Buenos Aires, cuando fui Director de Educación de Adultos. Representé ese mundo del que venía, la educación de adultos. Creo que el límite tiene que ver con las personalidades y la lectura que hacés de la realidad; si entendés que la realidad es una realidad acotada, que tiene limitaciones, vas a poder hacer cosas. Siempre traté de escuchar a aquellos que eran los destinatarios de las políticas, y ellos también te dan un camino, que nunca es exuberante, es de pequeñas cosas, de modificaciones concretas, normativas, de condiciones de trabajo. Ahí podés construir un camino menos rimbombante pero necesario.

▪ **Habiendo pasado por un colegio de curas durante un período breve de tu vida, ¿qué función creés que cumplen los colegios parroquiales en el ecosistema educativo argentino?**

Nos dimos cuenta de la necesidad de la tecnología pero, a la vez, y esto es lo que me parece paradójal y muy potente, nos dimos cuenta del carácter imprescindible del vínculo humano. La necesidad del encuentro con el otro.

Primero, quisiera consignar que yo no tomé la decisión de ir a ese colegio; no es una decisión que me parezca vergonzosa ni nada, pero no la tomé.

Mis cuatro hijos varones fueron a escuela pública. Cuando decido darle educación a ellos, decido darle educación pública en toda su extensión.

▪ ¿Cómo se toma esa decisión? ¿Sobre la base de qué criterios?

No es una decisión en contra de algo (en este caso, la educación privada), sino que es a favor de una postura. Es una postura a favor de una escuela abierta y democrática: por definición, la escuela pública es una escuela para todos, es una escuela de ideologías múltiples. Se supone también que es una escuela de confluencia de estratos sociales, aunque ahora hay cada vez más segmentación. Volviendo a tu pregunta, siempre se plantea el tema de por qué no sacarle los sostenimientos a la escuela privada y dárselos a la pública: esa creo que es una discusión casi saldada en la Argentina de los años 60, con laica o libre. Las escuelas parroquiales, en su gran mayoría, están enclavadas en lugares de laburantes, con cuotas, muchas de ellas, muy accesibles. Luego hay otras que no son parroquiales, que son privadas sencillas, laicas y con buenas propuestas. Ahí nos debemos alguna reflexión, que es el subsidio que se llevan algunas que no deberían llevarse. Pero hay que escuchar la voz de una parte de la sociedad, que elige los caminos religiosos, que no es el que yo he elegido para mi familia, pero que debo respetar.

▪ ¿Es cierto que la clase media fue dejando la escuela pública?

Sí. En algún sentido, si uno mira los últimos 30, 40

años, se puede decir que sí, porque la clase media pensaba que la escuela privada podía darle ciertas cuestiones, como la posibilidad de clases todos los días. Yo creo que la escuela pública -y esto lo he discutido mucho entre nosotros- tiene que ofrecerle a la sociedad también la certeza de un conjunto de clases que no se interrumpen, la posibilidad de que haya clases en ámbitos que sean amables y que sean dignos para los docentes y para los estudiantes. Eso es una tarea para la que, en términos generales, todavía hay alguna deuda. Pero a la vez la escuela pública ofrece una formación y una amplitud de criterio y de un pensamiento crítico muy interesante, muy constitutivo de la sociedad argentina. Lo que me parece estéril es la discusión pública versus privada hoy, si no vamos a la letra chica, porque también hay muy buenas propuestas dentro de la escuela privada.

▪ Otro debate que circula es el que se pregunta si la escuela se tiene que reinventar sobre la base de los avances tecnológicos y los nuevos intereses de los chicos; la idea, digamos, de que la escuela les ofrece un mundo ya caduco.

Me parece que hay que abrir esa caja negra. Yo creo que la pandemia exhibe una realidad que es paradójica: la necesidad imperiosa de contar con equipamiento tecnológico y la desnudez de las clases más carecientes respecto de eso. Pero esa necesidad de la tecnología no da razón a los *tecnopedagogos* que aseguraban que el futuro iba a ser un futuro de clases virtuales: nos dimos cuenta de la necesidad de la tecnología pero, a la vez, y esto es lo que me parece paradójal y muy potente, nos dimos cuenta del carácter imprescindible del vínculo humano. La necesidad del encuentro con el otro. La carencia de la escuela dejó patente el valor de esa misma escuela. La escuela es el lugar de la amistad, en la escuela te ponés de novio, en la escuela tenés tu proyecto, tenés un profe que te pone la mano en el hombro y te pregunta cómo estás. Eso es imprescindible. Se necesita mucha tecnología y mucha maestra que esté al frente del aula. Pero también creo que la escuela tiene que ser un poco contracultural. Si los pibes están subidos a veinte plataformas, la escuela no le tiene que proveer la plataforma 21. La escuela puede bajar un cambio, parar la pelota y ofrecerles un pensamiento más complejo y menos inmediato. Un pensamiento de la diversidad, de escuchar al otro, de agarrar un lápiz. Yo diría que el equilibrio sería saber utilizar los dispositivos tecnológicos pero que la escuela proponga algo distinto.

▪ ¿Sentís que la pandemia dejó alguna enseñanza positiva, si algo así fuera posible?

Creo que los que presagiaban, o deseaban, un mundo sin docentes, deben estar revisando esa idea.

No hay varita mágica: la transformación la tiene que hacer la sociedad. Eso, lejos de ser una mala noticia, quizás sea una buena noticia, porque dependerá de la organización colectiva, del laburo, de tomar buenas decisiones en políticas públicas.

Muchos se dieron cuenta de la importancia del vínculo humano: eso es de enorme significación. Y luego quedó consensuada la idea de que todos tienen que tener una herramienta mínima. Que todos tengan acceso a una buena herramienta, que le permita desenvolverse. Eso va a tardar mucho tiempo y no puede hacerlo nadie que no sea el Estado, con una distribución agresiva. Al principio de la pandemia algunos filósofos pensaban que cuando terminara íbamos a salir mejores...esa ilusión de un mundo feliz se rompió.

Los más ricos ganaron mucho más y el resto se empobreció, sobre todo las mujeres. Y si hay algo interesante es que te muestra, una vez más, que no hay varita mágica: la transformación la tiene que hacer la sociedad. Eso, lejos de ser una mala noticia, quizás sea una buena noticia, porque dependerá de la organización colectiva, del laburo, de tomar buenas decisiones en políticas públicas. No hay golpes de suerte para las sociedades.

▪ **En gestión pública educativa, ¿tiene sentido mirar y comparar lo que hacen otros países? Recuerdo que en un momento se miraba el modelo de Finlandia, que es muy lejano.**

Tiene mucho sentido, porque aprendés. Los sectores más de la derecha te dicen: mirá a Chile, mirá a Perú, cuando miran la región. Creo que hay que mirar a Finlandia, por supuesto: una formación docente extraordinaria, pero en un país de siete millones de habitantes, primerísimo mundo. En Finlandia, la escuela empieza a los 7 años; nosotros tenemos que empezar la escuela cada vez más temprano: los sectores carecientes tienen que llegar a la escuela a los dos años porque la escuela es

una diferencia respecto de los otros, porque no es una sociedad igualitaria.

Miraría a Bolivia y su laburo que hace como país plurinacional, y miraría a Colombia con todo el laburo que hizo en términos de educación solidaria, y miraría a Chile que es un país que avanzó como pocos en América respecto de la doble jornada, y miraría al Brasil de Lula que metió a 30 millones de personas en la clase media, lo que generó un gran impacto en la educación. Ahora, muchos que te invitan a mirar comparan lo mejor de los otros con lo peor nuestro. Jauretche hablaba de la "zoncera autodenigratoria". No somos un desastre. Tenemos deudas, pero somos, junto con Chile, el país que más jóvenes tiene en la secundaria. Somos, junto con Cuba, el país que mayor proporción de estudiantes universitarios tiene en relación con su población. Somos uno de los países de América que tiene mayor educación obligatoria. Claro que nos falta, tenemos deuda en el aprendizaje, en la lectura, en las dos materias básicas que son Lengua y Matemática, tenemos escuelas que son indignas. Vuelvo a la pregunta: sirve.

Hay que mirar mucho, aprender, pero no extrapolar. Simón Rodríguez decía algo así: "o inventamos o erramos". Es una expresión que sirve.

▪ **Otra de las cosas que uno escucha en el debate público, o sobre todo en los medios, son esos momentos en los que sale la noticia de que un profesor "bajó línea política" en un aula. ¿Cómo pensás ese tema?**

Hay que abordarlo con generosidad, sinceridad y con la verdad. Y de acuerdo a las edades de quienes tenés enfrente. Los niños saben quién es el maestro que tienen enfrente y cómo piensa, y creo que un maestro tiene derecho a contar lo que a él le parece que tiene que ser una sociedad. Lo que no tiene derecho es a decir lo que tienen que hacer los otros; tiene que sugerir, alentar el pensamiento crítico, no esperar que piensen exactamente como él. Tiene que confiar en sus estudiantes. Como creo que la educación es un hecho de naturaleza política, creo que la política entra en el aula. En general, siempre se dice que bajan línea los que son de sectores más de izquierda, más sociales, y yo siempre digo que un maestro que le dice a sus alumnos que el mundo debe ser cambiado es un maestro que hace política, pero una maestra que se planta frente a sus alumnos y les dice que el mundo está fenómeno... ¿no hace política? El reaseguro es la honestidad intelectual: "chicos, yo pienso así, pero respetemos a los que no piensan así". Sobre todo con los del secundario, que son los que te cruzan con ideas más políticas. El profe es muy mirado. Los pibes no aprenden por lo que decís, sino por lo que hacés. ■